

muestra que, en las ciencias sociales, como en todas las ciencias, cabe investigación teórica e investigación aplicada, pero que la segunda sin la primera ni es ciencia ni contribuye a la acumulación de conocimiento o al progreso intelectual, material o moral de los seres humanos, sino que da, a lo sumo, algunas herramientas y habilidades basadas en la experiencia a los practicantes (de los negocios o de las campañas electorales o de lo que sea). La gran expansión de la economía aplicada en los últimos dos o tres decenios ha sido posible por el alto grado de solidez alcanzado por la teoría económica tras una larga trayectoria de acumulación de conocimientos. La ciencia política como disciplina académica nació —como dice Sartori— muchísimo más tarde que la ciencia económica y, lógicamente, se encuentra todavía en un estadio relativamente atrasado en el que la investigación teórica sobre cuestiones muy básicas aún no resueltas, necesariamente tiende a dominar. Ojalá la investigación teórica en ciencia política llegue a dar algún día resultados al menos tan sólidos como los de la ciencia económica para guiar la expansión de la investigación aplicada a una escala comparable.

Todos debemos un enorme agradecimiento a los fundadores de la ciencia política, de los cuales Sartori menciona algunos (pero sólo unos cuantos). Sin ellos no estaríamos aquí (es decir, investigando y enseñando, o escribiendo, publicando o leyendo este ensayo). Pero, como todos los fundadores, los de la ciencia política establecieron solamente algunos fundamentos de la disciplina, cuyo propio desarrollo requiere ir mucho más allá. Como dice Sartori, su principal ocupación fue establecer unas cuantas “definiciones” altamente relevantes para desarrollar el análisis, a lo cual yo añadiría algunas “clasificaciones” (como las del propio Sartori, pongamos por caso, sobre los sistemas de partidos) que desbrozaron inicialmente el camino para empezar a recopilar y ordenar información. Sin embargo, el progreso de la ciencia requiere algo más. Por decirlo con un esquema sencillo, cabe distinguir al menos cuatro niveles en el conocimiento de cualquier objeto:

- 1) Definiciones y clasificaciones;
- 2) Mediciones cuantitativas;

- 3) Hipótesis causales;
- 4) Teoría explicativa.

Los padres fundadores, como reconoce Sartori, se movieron básicamente en el primer nivel, el de las definiciones. Lo que le sorprende a Sartori es que posteriormente la disciplina se haya desarrollado en el segundo nivel, el de las mediciones cuantitativas. El “viejo sabio”, como él mismo se califica, tiene toda la razón en notar que, en demasiadas ocasiones, “la medición sustituye a las definiciones”, lo cual la hace inútil y, a veces, contraproducente. Es imposible no compartir su sentimiento de fastidio ante tantos ejercicios estadísticos que únicamente pretenden modificar alguna de las variables de un modelo de regresión previamente elaborado por otros autores, o darle una vuelta más a los mismos datos, sin siquiera definir bien de qué estamos hablando ni tener en cuenta la hipótesis o la teoría que podrían sustentar el ejercicio ni la relevancia aplicada de la cuestión. Centenares de estudiantes graduados y profesores ayudantes han sido y son víctimas de “programas de investigación” que no consisten más que en ejercicios estadísticos sin rumbo. Pero quizá sea esto un costo hasta cierto punto inevitable derivado de la expansión de la información disponible, pues también los econométricos han caído muchas veces en lo mismo, y aunque lo conozco mucho menos, creo que el mal ha afectado y afecta también a ciencias aún más “modélicas” como la física o la biología experimental.

Ciertamente a la ciencia política realmente existente —es decir, a lo que hacemos los politólogos— le falta aún mucho para llegar a ser una ciencia en el sentido más completo de la palabra, de modo que incluya los cuatro componentes que he citado líneas más arriba. Para alcanzar el nivel superior —una teoría política satisfactoria—, primero se requiere una precisa delimitación del objeto, gracias a la cual la política no sea considerada un mero derivado de la economía, las estructuras sociales o la cultura, sino una actividad racional explicable por sí misma. Segundo, se necesita una clara definición de la motivación humana en la actividad política de la que puedan derivarse modelos y explicaciones de las observaciones empíricas. Finalmente, hace falta adoptar un criterio consistente para evaluar los resultados de la acción política.

Sobre todo esto ha habido y hay múltiples opiniones, alternativas y escuelas de pensamiento. Pero un signo evidente de debilidad teórica es que, a diferencia de lo que ocurre en economía y en otras ciencias sociales, en los estudios políticos todavía se siga colocando a los autores llamados “clásicos” en el mismo nivel —o incluso más alto— que a los investigadores contemporáneos. Por decirlo rápido, casi ningún escrito de Maquiavelo o de Montesquieu o de la mayoría de los demás habituales en la lista sagrada sería hoy aceptado para ser publicado en una revista académica con evaluadores anónimos. Cualquier persona versada en leer literatura académica contemporánea que consulte los “clásicos” debería reconocer que una gran parte de sus textos son confusos y ambiguos, y por eso varias generaciones de académicos siguen dilapidando sus vidas tratando de averiguar “qué es exactamente lo que quiso decir...” hace unos años Marx, hoy quizá Nietzsche o Tocqueville.

No seré yo quien niegue el papel fundador de algunos de los clásicos y el interés que todavía tiene su lectura para encontrar algunas de las preguntas fundamentales, así como conjeturas e hipótesis por contrastar e incluso posibles sugerencias para desarrollar una investigación con los métodos actuales. También puede ser formativo, en un programa de estudios políticos, presentar una genealogía de cómo se han ido formando los conceptos, las definiciones y las hipótesis a lo largo de los siglos. Pero para que realmente esto sea formativo debería mostrarse cuáles han sido las contribuciones seminales y cómo, en contraste, algunos de los conceptos de los “clásicos” son imprecisos, tautológicos o poco fecundos y muchas de sus hipótesis han resultado erróneas y han sido refutadas por la experiencia y los consiguientes estudios académicos posteriores. La costumbre de identificar “teoría política” con la historia de las ideas es ofensiva para la ciencia política actual porque, aun con todas las enormes limitaciones antes esbozadas, la disciplina cuenta ya con algunos fundamentos teóricos sólidos sobre temas importantes que superan, sin duda, las contribuciones de los antepasados. En esta perspectiva, sería mucho más interesante incluir en la lista de los clásicos, por ejemplo a Duverger, Dahl, Downs, Olson y Riker —ninguno de los cuales es citado por Sartori entre los “fundadores”, por cierto—, que discutir una vez más una nota a pie de página de Platón. Por

supuesto, la identificación aún corriente en los estudios políticos de la “teoría” con los “clásicos” es extemporánea respecto a todas las demás ciencias sociales, en ninguna de las cuales se mantiene ya tal veneración.

Creo que Sartori falla estrepitosamente en el tiro cuando apunta hacia la ciencia política “estadounidense” como el enemigo por batir. En primer lugar, habría que recordar que, según cálculos bastante ajustados, alrededor de 80 por ciento de los profesores de ciencia política del mundo enseñan e investigan en universidades e instituciones con sede en Estados Unidos (aunque un número relativamente alto de ellos proceda de otras latitudes). Aislarse de ello sólo nos llevaría a producir alguna curiosidad parroquial. Me sumo con entusiasmo, por tanto, a la invitación de Sartori a “acudir, para creer, a las reuniones anuales de la Asociación Americana de Ciencia Política”. Mi experiencia como participante en una docena de ellas durante más de quince años es completamente opuesta a la de Sartori, ya que mientras él dice haber experimentado “un aburrimiento sin paliativos”, yo he encontrado ahí los mejores estímulos intelectuales y la pasión de compartir un proyecto de amplio alcance. Acudan, pues, y decidan a quién creerle.

Por último, entiendo que “la alternativa” por la que se decanta Giovanni Sartori es sólo una muestra de su acreditado sentido del humor, pues no es más que “oponer resistencia a la cuantificación”. Si al menos hubiera formulado el deseo de que la cuantificación se base en definiciones y clasificaciones claras y precisas, estaríamos de acuerdo. Con ello estaríamos pasando del nivel 1 al nivel 2 en mi esbozo anterior. La alternativa por la que yo me decanto es pasar del nivel 1 al 2 (lo cual requiere apoyarse en el primero), pero también al 3 y al 4. Es decir, seguir en serio el “modelo” de la economía y, en general, de toda la ciencia, con el objetivo de llegar a tener una teoría explicativa, la cual sea capaz también de sustentar la investigación aplicada. De este modo, haremos progresar no sólo el conocimiento de la política, sino los resultados de la acción política misma, en interés de la máxima satisfacción (o felicidad o interés o utilidad, todo lo cual, como decía un clásico, viene a ser lo mismo) del mayor número de ciudadanos. **Pg**

